EL TÓPICO DE LOS «TREINTA AÑOS» EN LA POESÍA ESPAÑOLA MÁS RECIENTE[1]

Leonardo Romero Tobar

«Nos quoque floruimus (…)», «nel mezo del camin di nostra vita (…)», «pasada ya la cumbre de la vida / justo del otro lado (…)», «le demon du midi», y otras muchas troquelaciones poéticas o coloquiales dibujan con imágenes de movimiento y cambio el curso temporal, el desarrollo físico y moral en el existir de los individuos humanos. El conjunto de estas expresiones metafóricas nos sitúa ante de uno de los «tópicos» más reiterados en las tradiciones literarias —el tópico de las «edades del hombre»—, un asunto que, como el de las «edades de la Historia», hinca sus orígenes en la Antigüedad más venerable y se extiende en múltiples versiones posteriores[2] de las que aquí solo voy a considerar la variante de los «treinta años», singularmente productiva en las literaturas modernas, aunque en estas páginas solo me centro en la escritura poética en lengua española publicada en los últimos treinta y tantos años, es decir, desde el año 1980.[3]

La progresión numérica —quince, treinta, sesenta…— es el actual valor estándar en la descripción externa del proceso de cada biografía, pero no siempre ha sido así ya que, como escribió Ortega, «convendría haber caído en la cuenta de que el concepto de *edad* no es de sustancia matemática, sino vital» (Ortega, 1961: 40) y lo que sabemos de los cómputos de las edades del hombre se ha manifestado con diversos enunciados desde los textos bíblicos[4] y los autores clásicos, aunque la referencia cifrada numéricamente ha sido la más frecuente desde la Antigüedad. En los autores grecolatinos las tipificaciones numéricas han estado presentes a la hora de fijar los momentos climatéricos de la vida humana y

[1] La bibliografía final es de carácter secundario. Los textos citados en este ensayo van descritos en nota a pie de página si su autor no forma parte de la relación de poetas contemporáneos comentados en las páginas que siguen, en las que se da solamente el título del texto y el año de su primera publicación.

[2] El último avatar de esta formulación lo recoge la institución mantenida por once diócesis episcopales de Castilla y León, cuyo cometido más visible consiste en realizar exhibiciones públicas del material artístico y documental que estas entidades conservan.

[3] En la celebración de otro homenaje filológico a Miguel Ángel Garrido —pendiente de publicación— he perseguido «El tópico de los *treinta años* en la poesía española del siglo XIX».

[4] «Los días de nuestros años en sí son setenta años. Y entre robustos ochenta años, la mayor parte de ellos trabajo y vanidad porque pasan veloces y volamos», Salmo XI, 12.

en sus escritos quedan las «edades del hombre» subordinadas a clasificaciones mucho más cercanas a la visión de los poetas, bien en analogía con las estaciones del año —ejemplar modelo de esta fórmula ofrece Gracián en *El Criticón* (Dansey Smith, 1988)—, con los planetas del sistema solar, con los actos de una tragedia y con otras construcciones que ahora no vienen al caso. En tales organizaciones cronológicas cada «edad» comportaba un conjunto de años —siete, quince, veinticinco—, si bien lo sustantivo era la función vital que caracterizaba a cada una. Por supuesto que la edad de la generación fisiológica implicaba el máximo de vitalidad y que una vez superado ese acmé se iniciaba el derrumbadero de la decadencia.

En los humanistas del XVI y XVII —Michel de Montaigne, John Barclay, Walter Raleigh, Baltasar Gracián…— se resumen y sintetizan las formulaciones simbólicas y numéricas que habían servido para establecer las «edades del hombre». Solo recordaré que, además de establecer una analogía entre las edades del hombre y los animales que les corresponden —formulación que proviene de la fábula esópica n.º 105 que se refiere a los animales albergados por el hombre—, en español la tenemos elegantemente explicada en el último capítulo del *El Discreto*: «Donosamente discurrió uno y dulcemente lo cantó otro, el Falcón que se convirtió en cisne; diéronle al hombre treinta años suyos para gozarse y gozar; veinte después prestados del jumento, para trabajar; otros tantos del perro para ladrar y veinte últimos de la mona para caducar, excelentísima ficción de la verdad».[5] Bastantes siglos antes Isidoro de Sevilla, inspirándose en Hipócrates y Varrón, había establecido seis etapas en la vida del hombre en las que los treinta años era el tiempo de plenitud. En las *Etimologías*, redundando en las equivalencias entre las edades del hombre y las de los animales, el autor hispano afirma: «Sicut autem trecesimus perfectae aetatis est annus in hominibus, ita in pecudibus ac iumentis tertius robustissimus».[6]

Siguiendo uno de los esquemas clasificadores, Dante explicaba en el *Convivium* su entendimiento de las edades humanas y la idea que él tenía de la más perfecta: «Resulta difícil saber cuál es el punto más elevado de este arco por la desigualdad que antes hemos indicado, pero creo que en la mayoría de los casos está situado entre los treinta y los cuarenta años, y opino que en los que poseen una naturaleza perfecta reside en los treinta y cinco años».[7] Con la ayuda de este texto, para situar el *tempo* vital en el que Dante iniciaba el relato de su peregrinación escatológica se ha propuesto la edad de 35 años, una cifra que se aproxima a la que la tradición cristiana adjudica a Cristo en el momento de su muerte: 33 años (Wlassics, 1989).

[5] Baltasar Gracián, *El Discreto* en *Obras Completas*, ed. Luis Sánchez Laílla, prólogo general de Aurora Egido, Madrid, Biblioteca de Literatura Universal, 2001, 195.

[6] Isidoro de Sevilla, «De aetatis hominibus», en *Etimologías. Edición bilingüe. II (libros XI-XX)*, ed. de José Oroz Reta y Manuel A. Marcos Casquero, prólogo general de Manuel C. Díaz y Díaz, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1994, 38-43.

[7] Dante Alighieri, *Convivium*, en *Obras Completas*, trad. de Nicolás González Ruiz, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, MCMLVI, 859-863 para el tratado IV «Las cuatro edades de la vida humana».

Treinta y tres es número simbólico en su forma y en su significación y al aura de su rotundidad se han acogido numerosas figuraciones de personajes literarios y las confesiones líricas de poetas y prosistas. Por ejemplo, un poeta amigo de Bécquer, Eusebio Blasco en el poema «Treinta y tres años» o nuestro contemporáneo Javier Marías en una página de su auto-ficción *Negra espalda del tiempo* (1998) cuando evoca los años de su estancia oxoniense confesando que «ya no soy joven y quizá no lo era tampoco entonces, en aquellos viejos tiempos en que tenía treinta y dos y treinta y tres años, lejanos los veintiuno de la mayoría de edad que me tocó en mi época en suerte y pasados los veintisiete tan decisivos que Joseph Conrad definió como *la línea de sombra* (pero quizá eran decisivos tan solo en su época); también dejados atrás los treinta».[8]

Ahorro otras referencias de tratados médicos y antropológicos en las literaturas grecolatina y vulgares[9] para centrarme desde este momento en textos que no dudaríamos en considerar como inequívocos textos literarios. Y situados en este terreno, es François Villon el primer poeta que conozco que echa mano de la fórmula «treinta años» para explicar su estado de hombre en medio del camino de su vida. La afirmación es convincente, puesto que se sitúa en el primer verso de la primera estrofa de su «Testament»:

> En l'an trentième de mon âge
> Que toutes mes hontes j'eus bues,
> Une du tout fol, ne du tout sage (…).[10]

Pero una golondrina no hace verano. Desde esta confesión medieval del momento estelar de las edades del hombre cifrada en los treinta años no encuentro textos explícitos hasta la modernidad. Con una tonalidad didáctica y educativa en las plumas del siglo XVIII y como lamento acongojado en los poetas del XIX. Por ejemplo, Edward Young en la noche primera de los *Night Thoughts* (1742-1745) manifestaba: «At thirty a man suspects himself a fool; / knows it at forty, and reforms his plan; at fifty chides his infamous delay / pushes his prudent purpose to resolve». Y un polémico viajero en España —el falso «Fígaro»— al ponderar las excitantes noches de la primavera madrileña afirmaba que para gozarlas era preciso tener veinte años, ya que «a los treinta se sentiría demasiado calor o demasiado frío o gana de dormir. A los treinta años se encogen y se relaxan los nervios, las fibras, los órganos; casi se extingue el fuego de las venas y de la vida; ya se acabó y se acabó para mí aquel ardor (…) nada me hace fuerza, el mundo ha perdido

[8] Javier Marías, *Negra espalda del tiempo*, Madrid, Alfaguara, 1998, 141.

[9] Solo los textos españoles de los siglos XVI al XVIII ofrecen materia para una antología muy ilustrativa en la que los escritores después de citar a médicos y filósofos clásicos exponen su personal clasificación de las «edades» con el aporte de argumentos e ilustraciones gráficas oportunas: Pedro Mexía en su *Silva de varia lección* (1540, capítulo XLIV) habla de siete edades; Huarte de San Juan en su *Examen de ingenios para las ciencias* (1575, capítulo V) expone cinco edades; en la xilografía de Baltasar de Talamante «Escala de la vida del hombre» (impresa entre 1760-1800) aparecen dibujados nueve escalones según avanza la existencia cada diez años.

[10] François Villon, *OEuvres Poétiques*, ed. André Mery, París, Garnier Flammarion, 1972, 72.

su color, se ha mudado, es preciso meterse en la cama». A lo que añade el erudito Antonio Ponz, su traductor y anotador hispano: «Métase en muy en hora buena, y duerma hasta que Dios le vuelva el juicio».[11]

Fuera de juicio parecen, sin embargo, los clamores treintañeros de los poetas románticos que convirtieron la referencia a los treinta años en un patético lamento por el bullicioso tiempo que se les había ido y lamentaban el triste existir que aún les esperaba. Esta vivencia romántica, en gesto de suprema desesperación, sirvió para que José de Espronceda cerrara el autorretrato en que se había representado a sí mismo afeitándose ante el espejo y comprobando aterrado que el cabello negro comenzaba a blanquear:

> ¡Malditos treinta años
> funesta edad de amargos desengaños![12]

La exclamación grandilocuente con la que poetas del XIX y principios del XX apelaban a la cifra fatídica quedó muy rebajada de tono en los textos narrativos y teatrales coetáneos en los que también comparecía, pues la edad de treinta años se convertía en rasgo caracterizador de la circunstancia real en la que vivían los personajes, especialmente si se trataba de mujeres. En mi trabajo (Romero Tobar, en prensa) he traído a cuento algunos textos narrativos en una relación que puede ampliarse a otros muchos y, por supuesto, a textos teatrales. Ciertamente el éxito del tópico en los textos del XIX es indudable y puede deberse, además del influjo de la tradición literaria, a la experiencia cotidiana de las expectativas de vida en la época como ha puesto de manifiesto Jordi Nadal (1984) al esquematizar datos estadísticos de los siglos XIX y XX.

Con los textos literarios que he reunido creo que el tópico pervive más insistentemente en la prosa narrativa que en la creación poética de buena parte del siglo XX. De lírica solo he logrado reunir algunas alusiones de pasada en textos de Auden, Dylan Thomas, Cocteau y algún escritor vanguardista español como Luciano de San-Saor, en un poema en prosa titulado «Poema de las vírgenes de treinta años».[13] Mientras que en la ficción narrativa o teatral solamente las novelas hacen evidente la larga duración de un esquema cronológico de la vida humana que había subvenido para describir realidades biológicas y culturales anteriores en más de un siglo.

[11] Texto del «Prólogo» al *Viaje fuera de España por Don Antonio Ponz*, Madrid, Joaquín Ibarra, 1785, XLVIII.

[12] José de Espronceda, *El Diablo Mundo*, canto III, versos 1880-1881.

[13] En variante de un rasgo típico de la ficción, este poema en prosa revive la piedad de la primavera por las vírgenes de esa edad que aún esperan su realización vital; este texto apareció en la revista de vanguardia *Grecia* el 30 de julio de 1919. El texto concluye con este epifonema: «¡Oh, vuestras noches abrasadas como un desierto! Para al fin quedaros desoladas frente a los tálamos fríos, blancos y estrechos como ataúdes…». Proyectando el tópico sobre un varón, Vicente Huidobro caracterizaba al Cid Campeador en estos términos: «Realmente es un caso curioso el de este Campeador. Tiene treinta y tres años y su cuerpo no ha rozado mujer alguna» (*Mio Cid Campeador. Novela*, en *Obras Completas*, ed. Hugo Montes, Santiago de Chile, editorial Andrés Bello, 1976, vol. II, 114).

Con todo, la manifestación más rotunda de la pervivencia del topos en situaciones históricas muy diversas de las que habían servido para troquelarlo la encuentro en la lírica más reciente escrita en español, cauce artístico cruzado, como es bien sabido, por los más diversos y contrapuestos estímulos, entre los que no es ni el último ni el menor, el acicate romántico decimonónico, pues la realidad sociológica actual ofrece un panorama muy diferenciado en el que muchos individuos de treinta años aún carecen de trabajo y viven en las casas de sus padres como hijos de familia tradicional.

ANTECEDENTES POÉTICOS INMEDIATOS

Sin entrar en las clasificaciones de convencionales grupos de poetas surgidos en la posguerra española, sí llama la atención que algunos que comenzaron a publicar a mitad del siglo XX y que fueron de los más influyentes por su prestigio y calidad de su obra han echado mano del tópico en determinados momentos en los que el desdoblamiento del yo abordaba la alusión a la fecha canónica.

Ángel González (nacido en 1925) celebraba en su primer libro *Áspero Mundo* (1956) su «Cumpleaños», es decir, cuando cumplía treinta y un años, en estos versos:

> Yo lo noto: cómo me voy volviendo
> menos cierto, confuso,
> disolviéndome en aire
> cotidiano, burdo
> jirón de mí, deshilachado
> y roto por los puños (…).
> Para vivir un año es necesario
> morirse muchas veces mucho.

José Ángel Valente en el poema «El autor en su treinta aniversario», escrito posiblemente en 1960 e incluido en su libro *La memoria y los signos* (1966) se veía a sí mismo como inmerso en una composición plástica en la que el perfil de su persona se destacaba «en la estancia desnuda / con una ventana abierta a la continuidad de lo gris / o al pensamiento». En este escenario pictórico el poeta se contempla en su pasado —«perfil de niño tenebroso»— y su futuro —«memoria gris de otra primavera»—, un escenario construido sobre la para él muy viva historia reciente de los españoles en la Guerra Civil —«presencia opaca de otras vidas, / en los lentos cadáveres perdidos / bajo los puentes rotos / de otro país al que pertenecimos»— y en la losa inamovible que la siguió —«terrible / representación ritual de viejas fórmulas / por las que aún debemos / morir»—.

El autobiografismo del poema concluye con el solapamiento del pasado literario del autor y el futuro siniestro que le espera:

Lejos estoy del hombre que contemplo,
autor de breves
composiciones o supervivencias,
inmóvil frente al muro
secreto que separa
lo que no he conocido de cuanto desconozco.
… …. ….. …… …. …. ….
Aguardo,
zarpa cruel de la esperanza, un día
tu bautismo de sangre.

Y otro poeta imprescindible en esta etapa histórico-literaria —Jaime Gil de Biedma— volvió sobre el tópico en pasajes de sus textos de lírica confesional. En 1966 y en el libro *Moralidades*, colocaba como texto en exergo del poema «En el nombre de hoy» —«veintiséis / de abril y mil novecientos / cincuenta y nueve»— los versos clásicos de François Villon «En l'an trentième de mon âge». Pocos años después, en *Poemas Póstumos* (1968) reproducía el fragmento del *Don Juan* byroniano (canto XII, estrofas 1 y 2) en el que el romántico inglés calificaba de edad bárbara la de la mitad de la vida, para mucho más explícitamente encararse sarcásticamente en «Contra Jaime Gil de Biedma» con la figura de su otro «yo»:

Podría recordarte que ya no tienes gracia.
Que tu estilo casual y tu desenfado
resultan truculentos
cuando se tienen más de treinta años (…).

Los toques de desencanto e ironía que resuenan en poetas de tanta influencia han sido atenuados en los más jóvenes cuando pagan el tributo al tópico de referencia cronológica. Efectivamente, en los últimos treinta y tantos años, encuentro en mis lecturas un representativo grupo de poetas encendidos de nuevo por el viejo molde expresivo de los «treinta años». La cumbre de la existencia en los treinta años es cantada de nuevo como el límite de los anhelos vitales y el principio del fin, si bien la tonalidad irónica e imaginativa tiñe de quiebros ingeniosos, satíricos y, en ocasiones, absurdos, lo que entre los románticos había sido un desnudo manifiesto de agotamiento y consunción de la vida humana.

POETAS RECIENTES

Para iniciar un recorrido cronológico del tratamiento del tópico en los últimos treinta años, traigo a cuento justamente el libro del andaluz Javier Salvago *La destrucción o el humor* (1980), libro que abre el camino en la renovación del tópico con una perfecta sextina provenzal que se titula «Al cumplir los treinta» y en la que la perfección formal se teje en paralelo con los guiños intertextuales: a Vicente Aleixandre en el título del libro —«La destrucción o el amor»—, a poetas admirados en la primera secuencia del poema (el en-

decasílabo dantesco en el primer verso, Antonio Machado en el verso 3, «quien busca en su interior encuentra a un hombre», Luis Cernuda y Lourdes Ortiz en el verso 6, «la que ilumina más en la memoria»), a expresiones coloquiales («uno empieza a sentir», «visto en otra parte», «sopla el viento», «añade otra página más»). La estructura implacable de la estrofa empleada explica que la reiteración conceptual del mensaje se fije en la palabra final de los seis primeros versos

> *En medio del camino de la vida*,
> aquí donde se deja ver el tiempo,
> quien busca en su interior encuentra a un hombre
> con su trivial historia y la experiencia
> de haber cubierto ya la mejor parte:
> la que ilumina más en la memoria.

para reiterarse, como es preceptivo en la artificiosa estrofa empleada en este poema, en las palabras que ocupan las cumbres versales de las secuencias siguientes que señalan componentes clave del tópico: vida, tiempo, hombre, experiencia, parte, memoria. Estas seis palabras conforman el campo léxico más reiterado en el tratamiento tradicional de los «treinta años», ahora visitado en Javier Salvago por una nostalgia amorosa a la que se alude implícitamente en el título del libro y en la melancólica conclusión del terceto final de la sextina:

> La vida, esa pequeña flor del tiempo
> que el hombre va vistiendo de experiencia
> es, en gran parte, lo que fue: memoria.

La severa melancolía que tiñe la celebración del cumpleaños cantado en este poema añade sabiduría práctica para el camino que queda por recorrer, lo que ocurre cuando el yo poético postula el doble sentido solapado entre la vieja Retórica y una existencia reglada para «aprenderse de memoria / algunas reglas» que le otorguen «parte de ese frescor que la experiencia / le va negando lentamente al hombre».

Nada menos que todo un libro ha dedicado Ángeles Mora al tópico que me ocupa, libro cuyo título de ambigua significación remite tanto a la dolorosa experiencia bélica vivida en la Europa del siglo XVII como a la vivencia personal de lo que ha sido parte imprescindible en la vida del sujeto lírico que canta su experiencia: *La guerra de los treinta años* (1990). La escritora granadina[14] había publicado otros dos libros de poesía con anterioridad a la aparición del citado —*Pensando que el camino iba derecho* (1982) y *La canción del olvido* (1985)—, dos poemarios en los que las alusiones literarias y musicales saltan a la vista desde su mismo título, el primer endecasílabo del soneto XVII de Garcilaso en el primer caso y la popular

[14] Aunque Ángeles Mora nació en la cordobesa Rute, su vinculación con el grupo de teóricos y poetas de la Universidad de Granada justifica su adscripción gentilicia a esta ciudad.

zarzuela del maestro Serrano en el segundo, rasgos a los que se suman las frecuentes alusiones cinematográficas y que se reiteran en el poemario de 1990.

El libro que enuncia en su título el «tópico» treintañero despliega rasgos propios del mundo lírico de Ángeles Mora, singularmente el muestrario de ejercicios intertextuales sobre otros textos poéticos y la fina indagación humorística de una voz femenina que expresa muy vivamente los planos de la batalla del tiempo vivido en amor y dolor. Sirva esta muestra de los tercetos conclusivos del «Soneto del amor y de la guerra» subtitulado «Epílogo a *La guerra de los treinta años*»:

> Treinta años de guerra son guarida
> de luz errada y sombra que gotea
> en donde cada beso hizo una herida.
>
> Mas no hiere el amor sin que se vea
> ni temo a la batalla por mi vida
> aunque *la muerte al ojo estorbo sea*.[15]

Las circunstancias sobre las que se va tejiendo la crónica amorosa en *La guerra de los treinta años* van dibujando escenarios nocturnos, calles solitarias, encuentros y desencuentros que resume el poema de título tan goyesco «Los desastres de la guerra», en el que un solitario presente del yo enunciador se mueve entre tristes madrugadas en las «que lo más cruel no es este / caminar derrotado / sino el desierto / *el valle en que murieron los seiscientos*».[16]

Manteniendo un tono de sentida inquietud el poeta aragonés Manuel Vilas ha trasladado sin solución de continuidad la gravedad patética de los poetas románticos reescribiendo su tratamiento del topos. El poema «Independencia» del libro autobiográfico *El mal gobierno* (1993) nos sitúa en aquella clave:

> Al cumplir tus treinta años presientes
> la injusta destrucción de cuerpo y pensamiento.
> Cuatro ruinas, cuatro insidias, cuatro volubles amantes
> como mal milagro del tiempo a tus ojos ascienden:
> la enfermedad, la locura, la avaricia y la lujuria

[15] La cita del verso último corresponde a un endecasílabo de Francisco de Aldana, poeta que, junto con los figuras del lirismo renacentista —Garcilaso, Boscán, Camoens— espejean en citas directas o alusiones hechas de paso lo mismo que ocurre con creadores posimbolistas como Mallarmé, Céline o Luis Buñuel. Los comentaristas de esta poeta (Miguel D'Ors, Andrés Soria Olmedo, Juan Carlos Rodríguez, entre otros) han subrayado esta impregnación de poesía y cine en su obra poética (véase la lectura de la obra de Ángeles Mora a la luz de la poesía de Ángel González expuesta por Ugalde, 1995).

[16] Otra intertextualidad que solapa el poema de Alfred Tennyson dedicado a la «Carga de la Brigada ligera» en Balaclava (1854) y el recuerdo del filme de Raoul Walsh *Murieron con las botas puestas* (1941).

para conducir el anclaje de la experiencia personal en un programa vital aprendido en las páginas de Gil de Biedma:

> Yo quiero vivir eternamente,
> no envejecer, no ser juzgado,
> y quedarme en el mundo
> en ardiente clausura con mi memoria.

La variante de los treinta y tres años presenta el cordobés Manuel Gahete en su «Aniversario», poema incluido en su antología poética *El cristal en la llama* (1995) que en su serie de tercetos despliega la visión del pasado que concluye en la fecha de su cumpleaños y el futuro incierto que aún le espera:

> Queda una frase muerta en la pizarra:
> Treinta y tres años son toda una vida,
> la nota sin final de una pizarra.
> … … … … … … … … … …
> Treinta y tres años vistos al instante.
> Treinta y tres años ya mi edad desgarra
> y aún toda la vida por delante.

Y otro poeta andaluz, el jerezano Juan Bonilla vuelve sobre el tópico con un humor provocativo en el texto «Treintagenarios» de su libro *Partes de guerra* (1994), en el que procede a la descripción irónica de la «generación» de jóvenes en la que él se encuadraba y que a finales del siglo XX habían vivido «conservadores», «insolidarios», en contra de las «luchas y consignas» de «nuestros viejos nostálgicos»:

> Aquí me veis, viajero
> de una generación desencantada
> cuyo dios seductor es el dinero
> que hemos gastado en ropas, viajes, hadas.
> … … … … … … … … … …
> Aquí me veis, viajero
> de un tiempo que se pierde en la espesura
> del *paso* y el *me da lo mismo*, … pero
> nunca fue tan hermosa la basura.

Luis Antonio de Villena fue el editor del volumen antológico *10 menos 30. La ruptura interior en la «poesía de la experiencia»* (1997), una selección de diez poetas que en el año en el que Villena la proyectó —1995— no habían cumplido aún los treinta años y que en la extensa introducción editorial que la precede sirve para poner en cuestión las clasificaciones convencionales de escuelas y promociones de grupos poéticos. Explica Villena que los diez poetas que reúne en el volumen «todos ellos han sido —y son— *poetas de la experiencia*, pero

ninguno está del todo conforme con la etiqueta y todos ellos —sin renuncia ninguna— están queriendo buscar otras maneras y otros escorzos en la figuración del realismo. Todos quieren ir más lejos. Se han sentido *cansados* del tono más habitual y último de la *poesía de la experiencia*».[17]

Los poemas seleccionados por Villena tratan los más variados asuntos que se han ido tejiendo en las experiencias vitales y artísticas de sus autores y que perfilan, para el editor, los rumbos poéticos que estaban trazando sus antologados. Uno de ellos —Lorenzo Plana— no es indiferente hacia las modificaciones vitales que introducen las «edades del hombre» y no solo se limita a recordar versos de Unamuno alusivos al asunto,[18] sino que es capaz de afrontar el tópico que vengo tratando en su poema «Treinta años» en el que se yuxtapone una historia amorosa de los años de la adolescencia y los de una madurez menos feliz:

Cuando yo tenga quince años menos
me pasaré la vida comentando
todo lo que no sé.
Cuando tenga los quince de verdad,
envidiaré al creador;
de vez en cuando jugaremos juntos,
sin ese lamentable tiempo rápido
que desdibuja todos los recuerdos
… … … … … … … … …
Cuando yo tenga quince años menos,
porque es bonita, yo la besaré.
Ella tendré cuarenta y cinco años.

La superposición de los recuerdos de películas de aventuras y de las experimentadas por una juventud con un programa vital descafeinado generan el absurdo de una fecha inexistente que el cantautor Joaquín Sabina presenta en el soneto «Cada treinta de febrero» de su libro *Ciento volando de catorce* (2002) en el que la ironía y el absurdo conjuntan su acción:

Como un duelo del sheriff del ducados
contra Billy the Kid, en Almería,
como bakuninistas exiliados
del Chamberí del último tranvía
… … … … … … … … …
Como dos nuevos ricos sin dinero
nos vemos cada treinta de febrero
y volvemos a casa haciendo eses.

[17] Luis Antonio de Villena «Un breve panorama», segunda parte de su introducción a *10 menos 30*, 1997: 41.

[18] «Vuelve hacia atrás la vista, caminante, / verás lo que te queda de camino / (…). Yo pienso especialmente en la calidad de los primeros tiempos como principal artífice de un aprendizaje. La infancia es algo así como un faro parpadeante (…). Y la adolescencia, un vendaval de tres o cuatro compinches que se otorgan entre sí canallescas puñaladas rastreras (…)» (en Luis Antonio de Villena, 1997: 93),

Los treinta años, en fin, como papel pautado metafórico para la escritura del poema y la escritura del cuerpo podemos leerla en el diario poético de Andrés Sánchez Robayna *La Inminencia (Diarios, 1980-1995)* (editado en 1995) donde el escritor canario anota para el inicio de diciembre de 1982 lo que sigue:

> Cumplo treinta años en medio de una marea de trabajo interminable. Ayer acabé un largo ensayo (…). Acaban de salir los primeros ejemplares de una pequeña edición del poema «Tromba»; veo en él la conjunción de extremas obsesiones (paisaje creado por asociaciones fonéticas, desarrollo de una *mónada* sonora que busca su expresión en lo imaginario) y una esencial *corporización*. El cuerpo, sí, cada vez más en el interior de la escritura. El tránsito continuo hacia el enigma esencial del tiempo. El poema del cuerpo en mitad de la luz.

Con toda seguridad no se cierra con la relación de textos que he traído a cuento la intensa vigencia del tópico de los «treinta años» en los poetas españoles de los años más cercanos. La cifra y su proyección significativa en el correr de la existencia humana ha ido experimentando variadas asociaciones emocionales que, en los escritores de los últimos años ha añadido un plus de humor irónico con el que la nueva sentimentalidad, sin desgajarse de las raíces originarias del tópico, ha sabido proyectar el dato objetivo que supone la extensión de las expectativas de duración vital y la transformación de las estimaciones patéticas en guiños mordaces que pueden llegar al enunciado del absurdo como ocurre en el «treinta de febrero» de Joaquín Sabina.

BIBLIOGRAFÍA CRÍTICA

Nadal, Jordi (1984), *La población española. Siglos XVI al XX*, Barcelona, Ariel.

Ortega y Gasset, José (1933), «La idea de la generación», lección II del curso *En torno a Galileo*, reeditado en *Obras Completas*, Madrid, Revista de Occidente, 1961, vol. V, 40-41.

Romero Tobar, Leonardo [en prensa], «El tópico de los *treinta años* en la poesía española del siglo XIX», *Homenaje a Miguel Ángel Garrido Gallardo*.

Smith, Hilary Dansey (1988), «The Ages of Man in Baltasar Gracián's *Criticón*», *Hispanófila*, 94, 35-47.

Ugalde, Sharon Keefe (1995), «Hybrid Poetics and the female tradition: Refractions of Ángel González in the poetry of Ángeles Mora», *Revista Hispánica Moderna*, 48, n.º 1, 181-188.

Villena, Luis Antonio (1997), *10 menos 30. La ruptura interior en la «poesía de la experiencia»*, Valencia, Pre-Textos.

Wlassics, Tibor (1989), «L'onirismo dell'incipit: Appunti su *Inferno* I, 1-63», *Letture Classensi*, 18, 31-39.